



LA ADORACIÓN PÚBLICA Y LA FE REFORMADA

Rev. Barry Gritters



1 DE ENERO DE 1988
VERSIÓN ORIGINAL EN INGLÉS
Traducido por Jorge Carbajal

PRÓLOGO

El material impreso aquí es el texto de una conferencia pronunciada con motivo del Día de la Reforma, organizada por el Comité de Conferencias de las Iglesias Protestantes Reformadas en América. La conferencia fue dada el 29 de octubre de 1987 por el Reverendo Barry Gritters, pastor de Byron Center Protestant Reformed Church. La amplia y positiva respuesta a la conferencia, así como el mensaje presentado, creemos que justifican la publicación de este folleto.

En este folleto, el Pastor Gritters explica los principios de la Sagrada Escritura respecto a la adoración pública o corporativa. Dado que Dios nos ha colocado aquí en la tierra para alabarle y adorarle, es vital que respondamos estas tres preguntas:

1. ¿Qué es la adoración?
2. ¿Cómo regula la Palabra de Dios a nuestra adoración?
3. ¿Qué caracteriza la verdadera adoración (Bíblica) Reformada?

Este folleto expone las respuestas bíblicas e históricas a estas importantes preguntas.

Nuestra oración es que Dios use este folleto para la defensa, el mantenimiento y la renovación (restauración) de la adoración histórica, Reformada y Presbiteriana. Y es nuestra esperanza en oración que este folleto le guíe en su adoración para hacer aquello que agrada a Dios: "adorarle en espíritu y en verdad" (Juan 4:24).

LA SOCIEDAD DE EVANGELISMO
Byron Center Protestant Reformed Church
1945 84th Street (P.O. Box 71)
Byron Center, MI, 49315
Teléfono: (616) 878-1811
All Rights Reserved

LA ADORACIÓN PÚBLICA Y LA FE REFORMADA

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, en muchas iglesias se ofrece fuego extraño en los altares de adoración. Ese fuego se ofrece también en los altares *reformados*.

Por una razón u otra, el culto ya no es el mismo que antes. Tal vez los líderes de las iglesias estén tratando de aumentar la asistencia al culto vespertino. Tal vez, como los jóvenes ya no se sienten impresionados por el culto, los pastores y los consistorios estén tratando de atraer a los jóvenes (que se han desviado hacia cultos más carismáticos o entusiastas) para que regresen a los cultos de su iglesia.

Por alguna razón, quizás porque la gente no se *conmueve* con los servicios de adoración de la iglesia, entonces se ofrecen representaciones teatrales, se proyectan películas, se pide a grupos con talentos en el canto para que dirijan el culto e incluso se ofrecen danzas litúrgicas como adoración a Dios, muchas veces *en lugar* de la predicación. Todo esto es para hacer que los servicios sean conmovedores.

Fiel a su herencia reformada y, por lo tanto, fiel a las Escrituras, el creyente reformado se pregunta: “¿Cuál es la adoración requerida por *mi Señor*?”. Hace esta pregunta porque es un creyente *reformado*. Con las Escrituras abiertas ante él, con la mirada puesta en las confesiones reformadas y con el dedo puesto en el libro de historia de la Iglesia de Jesucristo, el hombre o la mujer reformados se pregunta: “¿Cuál es la verdadera adoración que debo rendir a Dios?”.

Cuando formulamos esta pregunta, estamos dando a entender que Dios sí le ordena a Su iglesia que lo adore. Dios llama a Su pueblo a adorarlo *individualmente*. “Tarde y mañana y a mediodía oraré y

clamaré, y él oirá mi voz”, dice el salmista en el Salmo 55. El pueblo de Dios no espera hasta el domingo para adorar a Dios.

La verdadera adoración a Dios se lleva a cabo en las familias, cuando el padre y la madre guían a los hijos en la verdadera adoración en la sala de estar o alrededor de la mesa del comedor, leyendo y explicando la Biblia, guiándolos en el canto de salmos de alabanza y ofreciendo oraciones por la familia y la iglesia.

Pero todo esto se pone de relieve cuando las familias se reúnen para la *adoración pública* como una congregación. De eso nos ocupamos ahora. El culto que Dios requiere de Su pueblo es que se reúnan *colectivamente*, como un cuerpo, y ofrezcan homenaje unido a su Señor y Redentor. El Antiguo Testamento abunda en pruebas. En el Salmo 122, el creyente canta: “Me alegré con los que me decían: Vamos a la casa del SEÑOR”. Él canta: “Con gozo y alegría en mi alma oigo el llamado a la oración. Subamos a la casa de Dios y allí postrémonos ante Él”. Este llamado al culto público se hace eco en el Salmo 95: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del SEÑOR nuestro Hacedor”.

La iglesia del Nuevo Testamento continuó esta tradición de adoración *corporativa*, siguiendo la costumbre de nuestro Señor, que iba regularmente a la sinagoga el día de reposo ([Lucas 4:16](#)), la iglesia primitiva del Nuevo Testamento se reunía regularmente para el culto público, como se desprende de todo el libro de los Hechos. Esto era tan importante que el escritor de Hebreos llama a la iglesia a “no dejar de congregarnos, como algunos tienen por costumbre” ([10:25](#)).

La adoración pública de la iglesia es vital para la obediencia a la voluntad de nuestro Dios que nos salvó. En la *eternidad* la iglesia estará adorando a Dios. El vidente de Dios, el apóstol Juan, escribió en [Apocalipsis 14:6-7](#), “Y vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y

adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (véase también [Apocalipsis 22:9](#)).

El “evangelio eterno” es: Adorar a Dios.

Esto nos preocupa porque el culto es un tema de la *Reforma*. No sólo es un tema importante porque actualmente se está ofreciendo fuego extraño en muchos lugares, sino que el recuerdo de la Reforma nos lleva a este tema.

Los padres de la Reforma no sólo se preocupaban por las aberraciones *doctrinales* de la Iglesia Católica Romana, sino también por la *práctica* de esa iglesia en su culto público. Por esa razón, encontrará un volumen entero de Lutero sobre el tema del culto público, y cientos de referencias de Calvino sobre el tema. La *adoración pública* ocupó un lugar tan importante en la vida de Calvino, que su expulsión de la ciudad de Ginebra tuvo su raíz en diferencias sobre la cuestión de cómo la iglesia adoraría a Dios.

¿QUÉ ES LA ADORACIÓN?

En su propia NATURALEZA, la adoración es *comunión con Dios*.

Esto se ve claramente en la forma de adoración del Antiguo Testamento. Los hijos de Israel adoraban a Dios colectivamente en el tabernáculo o templo. La adoración se llevaba a cabo allí porque *Dios estaba allí*. El pueblo de Dios frecuentaba el tabernáculo para tener comunión con Él en la comunión del pacto, mediante las ofrendas de corderos, machos cabríos, palomas e incienso.

La comunión con Dios en el Nuevo Testamento es posible gracias a la ofrenda de Jesucristo, el verdadero Cordero de Dios. Ahora nos reunimos con Dios en una bendita comunión de pacto cuando Cristo mora entre nosotros a través de su Espíritu que fue derramado en Pentecostés. Pero ahora no necesitamos un lugar en particular para adorar. Aunque es agradable tener un edificio de iglesia, podemos tener comunión con Dios en el gimnasio de una escuela, un salón público, el ático de una tienda o una catacumba, como dijo Jesús:

“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos”. Eso es adoración: ¡DIOS EN MEDIO DE NOSOTROS A TRAVÉS DE CRISTO!

El PROPÓSITO de nuestro culto público es traer gloria al nombre de Dios.

Esto se pone de manifiesto en las dos palabras del Nuevo Testamento que se refieren a la adoración. La primera palabra significa “besar la mano de” o “inclinarse hacia” alguien. Esta es la palabra que se usa para referirse a la adoración humilde. La segunda palabra principal significa “rendir honor” o “rendir homenaje”. Ambas palabras transmiten la idea de dar algo a Dios. La palabra anglosajona de la cual proviene la palabra “adoración” es *weorthscipe*, que es precisamente lo que es la adoración: declarar la *dignidad* de Dios. [Salmo 95:3](#) lo dice bien: “El SEÑOR es Dios grande, y Rey grande sobre todos los dioses”.

Esto resalta la verdad de que la adoración es *para Dios*.

En nuestra sociedad humanista, hay una fuerte tendencia a centrar nuestros servicios de adoración centrado en el hombre en lugar de estar centrado en Dios. El Dr. P. Y. De Jong lanzó una advertencia sobre esto hace ya muchos años en ‘*The Banner*’, el periódico oficial de la Iglesia Cristiana Reformada: “Hoy oímos voces que insisten en que la adoración debe satisfacer nuestras necesidades. Debe convertirse en el canal de autorrealización para el hombre. Debe ennoblecer su vida y darle ideales que valen la pena. Debe consolarlo en el dolor y darle seguridad en la lucha contra el pecado. El calvinista no niega que estos tengan un lugar legítimo en la vida. Sin embargo, con toda la fuerza de su alma lucha contra la idea de que estas cosas por si *solas validen la adoración*. Adoramos como la congregación de creyentes para alabar a nuestro Dios, quien es la fuente desbordante de todo bien”. La adoración debe estar centrada en Dios.

Cuando se presentan quejas contra el culto de una iglesia (y a veces legítimamente) el noventa y nueve por ciento de las veces la queja es: “¡No obtuve nada del servicio!”. ¿Cuántas veces dice el que se queja: “¡Este servicio de adoración no trajo gloria a Dios!”?

¡Existe el peligro de que olvidemos que ir a la iglesia es *adorar*, doblar la rodilla y besar la mano de, Dios! Reflejamos esa pérdida de memoria cuando decimos: “Hoy no tengo ganas de ir a la iglesia”. ¿Nos damos cuenta de lo que estamos diciendo? Estaríamos mucho menos inclinados a hablar de esa manera si viéramos la adoración como ir a adorar a nuestro gran Dios. Acaso diríamos: “¿Hoy no tengo ganas de adorar a Dios?”

Comenzamos nuestros servicios de adoración diciendo “Dios” y terminamos de la misma manera ([Isaías 42:8](#)) Dios es grande y digno de ser alabado en gran manera. “Yo soy el SEÑOR; ése es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a imágenes talladas”. Debido a esta verdad fundamental, nuestra visión de Dios afectará directamente la manera en que adoramos en la iglesia.

Esta es la tradición *reformada*.

El Dr. P. Y. De Jong dijo: “Uno de los puntos principales de la enseñanza de Calvino que influyó mucho en su forma de adoración fue su sentido de adoración de la majestad y el poder de Dios. Aunque todos los creyentes cristianos aceptan de una forma u otra la doctrina de la trascendencia y la gloria del Dios de las Escrituras, nadie la enfatizó tan enfáticamente como Calvino. Y vemos inmediatamente cómo esto influiría en el modelo de adoración. Si el hombre existe para la gloria de Dios en lugar de que Dios exista para la felicidad del hombre, la adoración adquiere una nueva perspectiva”.

El que reciba o no satisfacción y placer personal de los actos de adoración es secundario. No lo descartamos como una consideración, pero está subordinado a un fin y una meta elevada: la gloria de nuestro Dios.

Por esta razón, los Salmos, que glorifican a Dios y están centrados en Dios, ocupan el lugar de honor en el culto de adoración reformado, y no los himnos, que, en su mayoría, están centrados en el hombre. (Tenemos disponible otro folleto que presenta la posición reformada respecto de la salmodia exclusiva en la iglesia. Escriba a la dirección que aparece en este folleto para recibir una copia).

Al glorificar a Dios, la adoración también edificará su iglesia. Ese es el segundo propósito de la adoración.

La edificación significa construcción. La edificación de la iglesia toma dos formas. En primer lugar, las piedras vivas deben crecer. Nos preocupamos de que nos beneficiemos del servicio de adoración, de que seamos conducidos a los verdes pastos y junto a las aguas tranquilas, de que el pan de vida sea partido para nosotros. Es por eso que el salmista pudo decir en el Salmo 84: “¡Cuán amables son tus moradas, OH SEÑOR de los ejércitos! Anhela mi alma, y aun desea con ansias los atrios del SEÑOR; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo...” Y, “Prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios, que morar en las moradas de maldad”. ¿Por qué? “Porque sol y escudo es el SEÑOR Dios; *gracia y gloria* dará el SEÑOR; *no quitará el bien* a los que andan en integridad” (véase también [Salmo 27:4](#)). En segundo lugar, la edificación de la iglesia consiste en *añadir nuevas piedras*: los elegidos que Dios ha escogido desde la eternidad. Estos elegidos se reúnen entre los hijos de los creyentes y entre los incrédulos que son traídos a la iglesia a partir de la obra misionera de la iglesia.

El tercer propósito de la adoración es llevar a los creyentes a la comunión y a la hermandad. Los Salmos son claros al respecto. El cuerpo de creyentes canta: “Venid, aclamemos con júbilo al SEÑOR; aclamemos con júbilo a la roca de *nuestra* salvación”. Y, como versa el Salmo 122: “Con gozo y alegría en mi alma oigo el llamado a la oración; subamos a la casa de Dios, y allí postrémonos ante Él... *Estamos* dentro de tus muros sagrados, oh Sion, bendita por siempre, donde el pueblo *unido* del Señor rinde homenaje...”.

Esta comunión es necesaria y posible debido a la naturaleza de la iglesia. La iglesia es el *cuerpo* de Cristo, y cada creyente vive su vida como un *miembro* necesario de ese cuerpo. El apóstol Pablo lo deja bien claro en [1 Corintios 1:12-27](#), esa gran comparación ampliada del cuerpo humano y la iglesia. ¡Los creyentes se necesitan unos a otros! Los miembros del cuerpo de Cristo no pueden vivir aislados. Esta es una razón por la que el llamado del apóstol a la iglesia en Hebreos es tan urgente: “No dejemos de congregarnos...” (10:25).

En la comunión del culto, los creyentes oran juntos por su vida como cuerpo, ofrecen homenaje unido a su rey, apoyan la causa del reino de Dios en el mundo, escuchan corporativamente la palabra que predicán a través de su pastor. Esta comunión (y la comunión *después* del servicio oficial) consolida el vínculo de amor entre ellos, sirve para alentar a cada uno en su llamado y apoya el testimonio que dan a la comunidad.

La pregunta se reduce a esto: “Dado que la edificación de la iglesia y la verdadera comunión de los creyentes solo pueden resultar cuando la adoración es para la gloria de Dios, ¿cómo podemos llevar a cabo un servicio de adoración que glorifique a Dios?” La respuesta es doble: primero, si adoramos solo como Dios nos ha ordenado (el Principio Regulador de la Adoración); segundo, si nuestros servicios de adoración tienen ciertas características básicas.

EI PRINCIPIO REGULADOR DE LA ADORACIÓN

Los creyentes reformados enseñan que nuestra adoración debe ser exactamente como Dios manda que sea — nada más y nada menos —. Es de suma importancia que entendamos esto en relación con la adoración bíblica reformada. Dios no deja que nosotros determinemos la *manera* en que debemos adorarle. La Palabra de Dios nos regula *cómo* debemos adarlo.

Ésta es la diferencia entre las ramas luterana y calvinista de la Reforma. Los seguidores de Lutero, al reformar la extravagancia de la Iglesia Católica Romana, sostuvieron la posición de que todo lo que

no estaba *explícitamente prohibido* en la Biblia era *permisible* en la iglesia. Por esa razón, los luteranos mantuvieron una buena parte de las prácticas católicas romanas en su culto. Ya sea que se hayan tomado conscientemente o no, ésta es la posición de la mayoría de las iglesias hoy en día. ¡Esto no es reformado!

Los calvinistas, por otra parte, se adhirieron a lo que se llama “*El Principio Regulador de la Adoración*”, que dice: “Adoramos a Dios sólo como Él nos lo ha *ordenado* en Su Palabra”. Por esa razón, los servicios de adoración de las iglesias reformadas históricamente se han limitado a la oración, el canto, los sacramentos, la predicación y las ofrendas.

Se puede ver fácilmente cómo este principio se aplica a los cambios modernos en los servicios de adoración. Al tratar sinceramente de estar al día, o al tratar sinceramente de atraer a los jóvenes a la iglesia, se deja de lado lo antiguo y se lo reemplaza por nuevos tipos de adoración. A menudo, uno de los servicios se reserva para algo que no sea la predicación. Las preguntas que se hacen con más frecuencia son: “¿Qué agrada a la congregación? ¿Qué será más estimulante? ¿Qué es agradable?” Pero la pregunta rara vez es: “¿Qué dice la Palabra de Dios al respecto?”

Las personas están bajo la ilusión de que, siempre y cuando no estén haciendo algo que esté *condenado* en la Biblia, siempre y cuando estén guiadas por las motivaciones correctas y siempre y cuando estén adorando al Dios verdadero, no hay límites a lo que *pueden* hacer. Pero olvidan que Dios no nos deja a nosotros decidir cómo debemos adorarlo. Estamos **REGULADOS POR LA PALABRA DE DIOS** en nuestra adoración. Debemos ser muy cuidadosos en la *manera* que nosotros adoramos.

Este principio regulador necesita pruebas.

El fundamento de este principio es el segundo mandamiento de la Palabra de Dios. Los dos primeros mandamientos (en realidad, los cuatro primeros) hablan acerca de la adoración. El primer

mandamiento establece el principio de que la iglesia no puede adorar a ningún otro dios que no sea el SEÑOR. El segundo mandamiento también habla acerca de la adoración, pero no de a *quién* adoramos. Habla de *cómo* adoramos a *quien* debemos adorar. Establece el principio de que debemos adorar a Dios de la *manera* que Él prescribe en Su Palabra.

Esto se desprende claramente del propio mandamiento que dice: “No mediante imágenes”. La violación de este mandamiento fue el pecado de los israelitas cuando llegaron por primera vez al monte Sinaí. Al inclinarse ante el becerro de oro, no estaban violando el primer mandamiento (adorar a otros dioses), al menos no según su propia declaración. Ellos estaban intentando adorar a Dios, pero *de una manera diferente a la que Él había ordenado*.

La implicación positiva de este segundo mandamiento es que Dios —y sólo Dios— determinará *cómo* debemos adorarlo.

Las confesiones reformadas ponen de relieve este principio. El *Catecismo de Heidelberg* (Dia del Señor 35) da la interpretación reformada del segundo mandamiento. Pregunta: “¿Qué exige Dios en el segundo mandamiento?” Su respuesta: “Que de ninguna manera representemos a Dios por medio de imágenes, *ni le adoremos de otra manera que la que él ha ordenado en su palabra*” (énfasis mío: BG). Este es el Principio Reglativo de la Adoración.

La *Confesión de Fe de Westminster*, la norma del Presbiterianismo Reformado adopta la misma posición en el capítulo 21: “Pero la manera aceptable de adorar al verdadero Dios es instituida por él mismo, y tan limitada por su propia voluntad revelada, que no puede ser adorado según las imaginaciones e ilusiones de los hombres, o las sugerencias de Satanás, bajo ninguna representación visible, o *de ninguna otra manera no prescrita en la Sagrada Escritura*”. Y en el *Catecismo Mayor* de Westminster, pregunta y respuesta 109, “Los pecados que se prohíben en el segundo mandamiento son, el inventar, aconsejar, ordenar, usar y de cualquier manera aprobar

cualquier adoración religiosa que *no haya sido instituida por Dios mismo*”.

Quiera Dios que los creyentes reformados entendieran el segundo mandamiento y las confesiones reformadas concernientes a este punto.

Los padres reformados también adoptaron esta postura. En sus *Sermones sobre los Diez Mandamientos*, Calvino dice a este respecto: “Debemos saber que el principal servicio que Dios exige es la obediencia” (pag. 67). “Martin Bucero dice: “Es únicamente la adoración que Dios nos pide la que realmente le sirve”. Bucero obviamente no entendía la adoración como si fuera una especie de arte creativo, como si el objeto de la adoración fuera entretener a Dios con elaboradas representaciones litúrgicas y dramas. Dios nos ordena sobre todo que lo adoremos mediante la proclamación de su palabra, la entrega de ofrendas, la celebración de la comunión y el ministerio de la oración” (Hughes Oliphant Old, *Cooperate Worship in the Reformed Tradition*, pag. 3).

Incluso *John MacArthur*, que no pertenece a la tradición reformada tal como la conocemos la mayoría de nosotros, dice: “Dios no aceptará una adoración desviada. Algunos insistirían en que *cualquier* tipo de adoración sincera es aceptable para Dios, pero eso no es cierto. La Biblia enseña claramente que quienes ofrecen una adoración de estilo propio son inaceptables para Dios, independientemente de sus buenas intenciones. No importa cuán pura parezca nuestra motivación o cuán sinceros seamos en nuestros intentos, si no adoramos a Dios de acuerdo con Su revelación, Él no puede bendecirnos” (*The Ultimate Priority*, pag. 6).

En la Biblia hay algunos ejemplos históricos que lo demuestran. Caín estaba interesado en llevar una ofrenda a Jehová. Según su propio entendimiento y profesión de fe, él estaba adorando al único Dios verdadero. El problema con eso fue que no trajo la ofrenda que Dios requería. Por esa razón, Dios rechazó la ofrenda y derramó Su ira

sobre ella. ¿Cuál fue el pecado de Caín? No adoró a Dios de la manera que Dios requiere en Su palabra.

Esto también se pone de manifiesto en el asunto de las ofrendas de Saúl. Saúl esperó con impaciencia durante siete días a que Samuel viniera a Gilgal. Durante todo ese tiempo, el pueblo se dispersaba, disminuyendo la fuerza de su ejército. Así que, en lugar de esperar a Samuel, Saúl ofreció el culto a Dios en el altar porque quería la bendición de Dios en su batalla contra los filisteos. En parte, debido a esto, el Señor le quitó el reino. ¿Por qué? Porque Saúl no adoró a Dios de la manera prescrita por Él. Sólo los sacerdotes estaban ordenados para sacrificar.

La mayoría de las personas conocen la historia de Uza, que ofreció a Dios el servicio de extender su mano para estabilizar el arca cuando estaba en peligro de caer, y el castigo de Dios por ese acto fue la muerte inmediata de Uza. ¿Cuál fue el pecado de Uza? Estaba sirviendo a Dios en contra de la manera que Dios había ordenado en su palabra, porque Dios había dicho que nadie debía tocar el arca. Pero eso en sí no es toda la historia. La raíz de este problema es que David no había llevado a cabo el regreso del arca de la manera adecuada. El error de Uza — aunque grave — en otras ocasiones probablemente no hubiera sido lo suficientemente grave como para justificar que el Señor lo matara. Pero cuando se ve a la luz del primer intento de David de traer el arca de vuelta, uno puede entender "la infracción de Uza". En el primer intento, David dejó que los levitas no santificados trajeran el arca; la llevaron en un carro tirado por bueyes; y tuvieron un desfile desorganizado de personas que seguían el arca. En el segundo intento utilizaron 1) al jefe de los levitas, 2) a los levitas *santificados*, 3) a los levitas que llevaban el arca sobre varas y 4) al pueblo en una procesión seria y organizada en lugar de un desfile. ¡Y el Señor quedó complacido con esta adoración!

Hay un incidente en la vida de Ezequías que pone de manifiesto la verdad del principio regulador de la adoración. Leemos en 2 Crónicas 30 que Ezequías ofreció un gran servicio de adoración a Dios en

Jerusalén, que consistió en la celebración de la Pascua. Por amor a Dios, Ezequías envió una invitación a las diez tribus de Israel. Un remanente piadoso acudió y participó en ese servicio. Pero cuando lo hicieron, Dios azotó al pueblo y lo enfermó. ¿Por qué? Porque muchos no habían guardado las reglas ceremoniales de purificación que Dios requería de ellos en Su palabra con respecto a Su adoración en la Pascua. Sólo cuando Ezequías oró fervientemente al Señor, suplicando que simplemente no tenían *tiempo* para santificarse ceremonialmente, pero que *habían* limpiado sus corazones por la fe, el Señor recibió su adoración.

Esto demuestra que las buenas intenciones no son suficientes. Podríamos pensar que Dios se está aferrando a tecnicismos aquí. Podríamos decir que al menos los corazones de David y Ezequías estaban en lo correcto. “David deseaba que el arca volviera a Jerusalén para que el pueblo pudiera buscar el rostro del Señor nuevamente. El deseo de Ezequías era restablecer la adoración a Dios en la Pascua, recordando la sangre simbólica del Cordero que los salvó. ¿No está yendo Dios demasiado lejos aquí?” Pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar a Dios? Calvino dice acerca de este tipo de adoración: “...debemos saber que no es necesario exhibir nuestras ‘buenas intenciones’ como excusa para lo que hemos inventado; por el contrario, debemos saber que el servicio principal que Dios requiere es la obediencia” (*Sermons on the Ten Commandments*, pag. 67).

Podemos estar seguros de que David se sentía bien en su corazón por su adoración al traer el arca de regreso a Jerusalén; que Ezequías se sintió conmovido y emocionado al ver a tantos regresando a Jerusalén para adorar. Pero a Dios no le agradan los simples sentimientos que tenemos sobre la adoración hecha por el hombre. Él desea que lo adoremos como *Él nos ha ordenado*.

Nuestra adoración está regulada por la Palabra de Dios.

Ojalá todos los creyentes reformados comprendieran este principio básico del segundo mandamiento y de las confesiones reformadas. Pero, por desgracia, la mayoría no lo hace.

Tal vez alguien haya leído todo esto hasta ahora y responda así: “Creo que entiendo todo eso, pero todavía me pregunto ¿Qué tiene de malo en hacer un llamado al altar al final del servicio de adoración?”. O, “¿Qué tiene de malo hacer un espectáculo de marionetas que transmita a los niños una verdad fundamental de la Palabra de Dios?”. Aparte del hecho de que los llamados al altar tienen un origen y significado arminiano y no reformado, y dejando de lado el hecho de que los espectáculos de marionetas y otras invenciones “bonitas” socavan la solemnidad de la adoración, hacer esas preguntas demuestra que se ha perdido por completo el propósito del principio regulador. ¿Por qué? Porque el Principio Regulador del segundo mandamiento *no pide que preguntemos: ‘¿Qué tiene de malo esto?’* sino que preguntemos: “¿Ordena la Palabra de Dios que esto se haga en el culto de la iglesia?”

Fiel a este principio regulador, los servicios de adoración reformados tienen estos elementos: el canto de los Salmos ([Colosenses 3:16](#); [Efesios 5:19-20](#)); la oración ([1 Timoteo 2:1-8](#)); lectura de las Escrituras ([1 Tesalonicenses 5:27](#); [1 Timoteo 4:13](#)); la predicación y la atención a la palabra de Dios ([Romanos 10:13-17](#); [2 Timoteo 4:1-2](#)); la administración de los dos sacramentos ([Mateo 28:19-20](#); [1 Corintios 11:23-29](#)); y la entrega de nuestras ofrendas en apoyo del ministerio y la asistencia a los pobres ([1 Corintios 16:1-2](#); [1 Corintios 9:11-14](#)).

CARACTERÍSTICAS DE LA VERDADERA ADORACIÓN REFORMADA

La adoración que está regulada por la Palabra de Dios no sólo tendrá aquellos elementos tomados de la Palabra de Dios, sino que tendrá ciertas *características* básicas.

Al hablarle a la mujer de Samaria, Jesús establece la primera característica de la verdadera adoración: la adoración **EN ESPÍRITU**

Y EN VERDAD. ([Juan 4:24](#)). Adorar en espíritu significa que adoramos a Dios en y con nuestro espíritu, que ha sido liberado por el Espíritu de Cristo. La manera correcta de adorar es internamente. Adoramos a Dios de tal manera que entramos conscientemente en Su presencia, disfrutamos de la comunión con Él y lo adoramos con nuestros corazones, nuestras mentes, voluntades y emociones.

El peligro es que hagamos nuestra adoración sólo externa y formal. Entonces nos deslizamos a la iglesia porque eso “es lo que hay que hacer”, tal vez durmiendo durante el servicio. O despertamos y dejamos que nuestra mente divague, de modo que no le damos a Dios una verdadera adoración; estamos allí presentes sólo de manera externa. Este es el tipo de adoración que apestaba en las narices de Dios en el Antiguo Testamento. Este es el pecado contra el cual los profetas advirtieron tan fuertemente. “Apártense de sus fiestas y sus lunas nuevas, no puedo soportarlo todo. Tráiganme un sacrificio de espíritu contrito y corazón quebrantado. Eso no lo despreciaré”. Esto daba gloria a Dios ([Isaías 1:10-17](#); [57:15](#); [Salmo 51:15-17](#)).

Esta, la adoración en espíritu, y *no todo tipo* de cambios en la liturgia para despertar el interés, es la cura para el formalismo muerto en la adoración. Lutero tiene un comentario interesante sobre los cambios en la liturgia para animar la adoración. Dice Lutero: “... He sido reacio y temeroso [de cambiar la liturgia, BG] en parte debido a los débiles en la fe, que no pueden cambiar de repente un orden de culto antiguo y acostumbrado por uno nuevo e inusual, y más aún debido a los espíritus volubles y fastidiosos que se precipitan como cerdos inmundos sin fe ni razón, y que se deleitan solo en la novedad y se cansan de ella tan pronto como se desgasta. Tales personas son una molestia incluso en otros asuntos, pero en asuntos espirituales, son absolutamente insoportables. Sin embargo, a riesgo de estallar de ira, debo soportarlos, a menos que quiera permitir que el evangelio mismo sea negado al pueblo” (*Works*, vol. 53, pag. 19).

La cura para el formalismo muerto en la adoración es adorar en espíritu — venir preparados para estar en la presencia del gran Dios —; venir con gozo y alegría en nuestros corazones al llamado a la oración; venir con entusiasmo por escuchar la palabra predicada y visitar a los santos; venir como participantes, no como espectadores.

Pero la adoración no puede ser en espíritu a menos que sea también **en verdad**.

Adorar a Dios en verdad significa que nuestra adoración debe ser siempre una confesión de la verdad de la Palabra de Dios. Nuestra adoración no sólo debe estar *gobernada* por la Palabra, sino tener la Palabra como su *contenido*. La verdad de que Dios es Dios, soberano en los cielos; la verdad de que el hombre es hombre, incapaz de salvarse a sí mismo, digno de la muerte eterna; la verdad de que en Su amor, Dios envió al mundo a Su Hijo unigénito, Cristo, para morir por aquellos (y sólo por aquellos) a quienes Dios había escogido antes de que el mundo comenzara; la verdad de que a través del derramamiento de ese Espíritu, Cristo es aplicado a los creyentes; la verdad de que Cristo vendrá nuevamente para juzgar a los vivos y a los muertos y establecer un reino eterno en gloria. Esa es la verdad. En resumen, todo el consejo de Dios.

De hecho, aquí es donde la adoración está gravemente distorsionada hoy en día. Relativamente hablando, la adición de bailes, espectáculos y películas es un juego de niños comparado con la violación de la adoración de Dios con la mentira, con la falsa doctrina. ¿Dios ama a todos los hombres? ¿Dios es tan débil que no puede salvar a un hombre a menos que ese hombre primero le abra la puerta de su corazón? ¿Dios elige a los hombres que Él prevé que lo elegirán a Él? *Esta* —falsa doctrina— ofende a Dios más que cualquier otra violación en la adoración.

¿No enfatiza esto la predicación?

La predicación está en el corazón y centro de cada servicio de adoración reformada. La predicación de todo el consejo de Dios es lo

que hace que el servicio sea una verdadera adoración a Dios, doblando la rodilla ante Él y Su Palabra en Cristo. La predicación da gloria a Dios, pero también edificación para la iglesia. Porque, solo la predicación puede hacer que las piedras vivas crezcan. Solo la predicación puede reunir piedras muertas y hacerlas parte del templo vivo de Dios. Pero ¿qué está sucediendo hoy? Los sermones son cada vez más cortos, en su mayor parte. A veces se deja de predicar por completo, para ser reemplazada por algún artilugio para hacer que los jóvenes vengan a la iglesia nuevamente. Se llama a un talento especial para atraer a la gente, y cuando todo termina, el pobre predicador debe levantarse y dar el sermón, sabiendo todo el tiempo que está haciendo un papel secundario frente al famoso cantante 'gospel' o a la banda musical. El púlpito se deja a un lado. Se elimina el corazón del servicio de adoración que verdaderamente glorifica a Dios y edifica a la iglesia.

¡Ah, la predicación! Este era el punto fuerte de los reformadores —de Lutero y Calvino—. Como era característico de ellos, Lutero lo expresó de esta manera: “Y esto es lo esencial: que todo se haga de modo que la Palabra tenga libre curso en lugar de charlas y ruidos que ha sido la regla hasta ahora. Podemos prescindir de todo excepto de la Palabra... [Lucas 10:42](#) “Cristo mismo dice: ‘Una cosa es necesaria’, es decir, que María se siente a los pies de Cristo y escuche su palabra diariamente. Esta es la mejor parte que se puede elegir y no nos será quitada para siempre. Es una Palabra eterna. Todo lo demás debe pasar, no importa cuánto cuidado y molestia pueda causarle a Marta. Dios nos ayude a lograr esto” (*Works*, vol. 53, pag. 14).

Hace ya unos sesenta años, el editor del '*Banner*' señaló esto cuando dijo: “La historia de la iglesia antigua nos enseña una advertencia a este respecto. Hace unos mil años, cuando los sacerdotes dejaron de explicar la Palabra de Dios... poco a poco los edificios de las iglesias se convirtieron en escenarios de todo tipo de espectáculos, dramas y comedias. El resultado fue que la gran oscuridad espiritual

de la Edad Media, terminó... cuando el amanecer de la reforma comenzó a difundir una nueva luz” (*The Banner*, 15 de enero de 1926). ¿Perderemos esa luz al arrojar la predicación por la ventana? Lo que la iglesia necesita urgentemente son *predicadores* de la Palabra de Dios.

Existe una relación entre estos dos elementos, el espíritu y la verdad. Dios los ha unido, de modo que cuando uno cae, el otro también lo hace. Si la predicación no logra traer la verdad, no puede haber verdadera adoración espiritual. Si el predicador no se prepara, o si el predicador trae la mentira, o si el predicador no tiene nada más que leche descremada en su jarra, no puede haber verdadera adoración espiritual. La culpa de la adoración impía debe atribuirse a los predicadores y a los seminarios.

Seguramente, *gran parte* de la culpa, si no la mayor parte, debe atribuirse a esto. Pero ¿debemos atribuirle toda la culpa? Dios ha unido a estos dos. ¿Debemos culpar a los predicadores de todos los problemas que hay en la iglesia hoy en día? ¿No es cierto, como se le enseña a todo niño de escuela, que al señalar con un dedo a otro, quedan cuatro apuntando hacia él mismo? ¿No podría ser que debido a que el creyente no se ha preparado para el culto, debido a que la congregación llega a la iglesia con los ojos aun somnolientos, debido a que la gente no tiene gozo en sus corazones ni deseo de exaltar el nombre de Dios, DIOS MISMO ha quitado la verdad de esa iglesia?

Dios mismo ha quitado la buena predicación porque ha unido el espíritu y la verdad en la adoración, y ¿no será burlado por un adorador frío y sin vida?

Oh, la Palabra los corta en ambas direcciones.

Pero si esta característica de la adoración (en espíritu y en verdad) está presente, todo lo demás encajará en su lugar.

El culto reformado se caracteriza por la **PARTICIPACIÓN CONGREGACIONAL**. Cada acto de culto es un acto en el que el creyente participa. La congregación no es un grupo de espectadores que se reúnen para ver a algún predicador o teólogo hacer lo suyo. No son observadores, sino adoradores. Esta fue la gran liberación que Dios dio a Su pueblo en la Reforma.

En 1948, el Dr. P. Y. De Jong escribió lo siguiente: “La iglesia en la Edad Media redujo a los creyentes a un estado de esclavitud. En lugar de estar activos en el momento de la adoración pública, estaban presentes en la iglesia en gran medida, si no exclusivamente, como espectadores silenciosos. Un silencio sepulcral y aterrador se cernía sobre los acobardados adoradores en vísperas de la Reforma Protestante. Una de las contribuciones sobresalientes de esta nueva llegada fue la restauración del canto congregacional al lugar que le correspondía en la casa de Dios” (*The Banner*, 1948).

En esta dirección se encaminan hoy muchas iglesias, si es que ya no han llegado a ella. Por eso, históricamente, las iglesias reformadas nunca han permitido que los coros y los números especiales entren en el culto público. La congregación *entera* está llamada a participar en cada acto de adoración en la iglesia. A veces se plantea una objeción en este punto. En el culto del Antiguo Testamento había levitas especialmente entrenados para realizar el canto para el pueblo de Dios en su adoración en el templo. Ellos cantaban *para* el pueblo. La conclusión a la que se llega en este punto es que, si había cantos especiales en el Antiguo Testamento, ¿por qué no puede haberlos hoy? La respuesta es bastante sencilla. En el Antiguo Testamento, los creyentes dependían exclusivamente de los sacerdotes y levitas para que hicieran el culto *por ellos*. Pero en el Nuevo Testamento, todos somos profetas, sacerdotes y reyes. Creemos en el principio reformador fundamental del sacerdocio de *todos* los creyentes. Permitir que los coros sustituyan a cualquiera de los cantos congregacionales es restar valor a esa gran verdad bíblica de que todo creyente es un sacerdote.

Pero, sobre todo, promover el canto coral en la iglesia es quitarle al culto congregacional su naturaleza glorificadora de Dios.

Nuestro culto debe caracterizarse por la **REVERENCIA**.

Adorar es venir a Dios, postrarse ante Él, alabarlo y adorarlo, el Rey de la creación, el Soberano del universo. [Salmo 89:7](#) El apóstol lo dice bien: “Dios temible en la congregación de los santos, y digno de ser reverenciado por todos los que están alrededor de él”. Si los ángeles, sin pecado, se cubren el rostro en presencia de Dios y exclaman: “Santo, santo, santo, el SEÑOR de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria”, ¿cómo podemos nosotros, los adoradores, que seguimos siendo pecadores toda nuestra vida, hacer algo menos que entrar en sus atrios con temor reverencial? Una vez más, el apartarse del canto de los Salmos ha restado valor a nuestra reverencia a Dios. Los Salmos nos llevan a ese estado mental: Dios es grande y digno de ser alabado en gran manera, Su grandeza es inescrutable.

Entendiendo este principio, el *creyente* reformado no vendrá a adorar a Dios vestido de manera informal, sino con sus mejores galas. Entendiendo esto, el pastor reformado no promoverá la informalidad y el descuido en la adoración. Entendiendo esto, el creyente reformado orará por la gracia de venir a la presencia de Dios con un temor reverente. Entendiendo esto, *el organista o pianista* reformado tocará canciones que traigan a la mente la grandeza y la gloria de Dios. ¡Ellos van a encontrarse con su Rey!

El servicio de adoración reformado es un servicio SIMPLE.

No tenemos todo tipo de desorden en el edificio de adoración reformado. Esto está en consonancia con la perspectiva reformada. Tampoco tenemos (al menos la mayoría) símbolos de la cruz de Jesús y del Espíritu Santo, porque Cristo está presente, no con Su cruz, sino cuando se presenta de manera evidente ante ti en la PALABRA. El Espíritu está presente, no en algún símbolo de una paloma, sino en el poder de la predicación del evangelio.

Esto no quiere decir que el culto reformado no sea **ACTIVO, GOZOSO Y AGRADECIDO**.

Hay quienes piensan que los adoradores deben tener caras largas, vestirse de negro, abstenerse de sonreír y que el ambiente de la adoración debe ser como el de un funeral. Si los cultos reformados son culpables de eso, no es por la fe ni por el culto, sino por la incomprensión del predicador y de la gente. La adoración verdadera en espíritu y en verdad será un adoración gozosa. ¿Cómo puede ser de otra manera? ¡¡¡El evangelio es predicado!!! El evangelio de nuestra miseria es predicado, y somos humillados por el Espíritu de Cristo que obra en nosotros la culpa del pecado. A veces llegamos a la iglesia cargados de problemas en nuestra vida, con la culpa del pecado presionándonos fuertemente. Pero se predica a Jesucristo, la gloriosa verdad de que la sangre del cordero fue derramada, que la redención se ha cumplido y aplicado a los creyentes, que la salvación es “Sí y Amén”, que Dios es la roca de nuestra salvación, que ponemos nuestra confianza en Él. Oh, entonces la adoración es una actividad alegre, activa y agradecida por parte del creyente reformado. Aquel hombre que viene a adorar a su gran Dios, conociendo sus pecados y escuchando el evangelio del perdón, debe ser necesariamente el hombre más feliz del mundo.

CONCLUSIÓN

En algunos círculos existe la preocupación legítima de que los servicios de adoración son formalidades muertas, secas, monótonas y sin color. Entonces las personas buscan por todas partes, lejos y cerca, algo para que los conmueva, para encontrar algo impresionante en la adoración.

Ellos suben la escalera litúrgica hacia los cielos (o son perseguidos por los predicadores) gritando: “¿Está aquí el servicio de adoración que conmueve?” Luego hay testimonios que arrancan lágrimas, llamados al altar que estimulan las emociones, un cuarteto conocido

a nivel nacional o un cambio semanal en la adoración porque la novedad emociona.

Pero no está allí.

Así, descienden por la escalera litúrgica hasta las profundidades, y prueban con el teatro y la danza e incluso con grupos de rock, o con un servicio al aire libre en el jardín delantero de la casa, o con un espectáculo de marionetas o una película.

Y, por loables que pudieran ser sus motivos, tampoco está allí.

La solución está cerca de ti, en tu corazón, ¡en la Palabra de fe predicada sanamente! (ver [Romanos 10:8](#))

¿Qué es lo que impresiona en un servicio de adoración? El pueblo de Dios queda impresionado en el servicio de adoración por un sermón poderoso que expone las verdades de la gracia soberana de Dios para los pecadores indefensos. El pueblo de Dios queda impresionado por un servicio de adoración en el que la congregación canta vigorosamente los cánticos de Sion que glorifican a Dios porque fueron inspirados por el Espíritu en la predicación del evangelio de la gracia. El pueblo de Dios queda impresionado cuando los niños, junto a sus padres, cantan con ellos porque se les han enseñado los Salmos en casa y en la escuela. El pueblo de Dios queda impresionado cuando se pasa el plato de ofrendas y el pueblo de Dios da silenciosamente la ofrenda de la viuda para la causa del reino, porque la Escritura así lo dice.

No echemos estimulantes artificiales en nuestra adoración, ni quememos fuego extraño en el altar. Tengamos predicadores que estudien minuciosamente la Palabra de Dios para poder llevar un mensaje reformado y sólido como una roca a la congregación. Tengamos adoradores que vengan preparados, invocando reverentemente al Dios de su salvación, deseosos de hacer lo que realmente es la adoración: declarar el valor de su gran Dios.

Entonces quedaremos impresionados. Entonces el Espíritu se moverá. Entonces la iglesia de Dios será salvada.

Se puede solicitar una copia gratuita de este folleto a través de nuestra librería. Todos los derechos son reservados.